



Acció
Catòlica
Obrera

Prioritats Xè. Consell

Presentació: Els grans canvis socials que vivim

Curs 2013-2014

LA DIGNITAT DE LA PERSONA

Curs 2014-2015

*LA FE EN JESUCRIST,
UN MOTOR PER VIURE I COMPARTIR*

Curs 2015-2016

*PASSEM DE LA INDIGNACIÓ
A L'ACCIÓ ALLIBERADORA*



Los grandes cambios sociales que vivimos

De cambios sociales los ha habido siempre. Han cambiado sistemas sociales, sistemas económicos, políticos y culturales y el mundo no se ha hundido.

En estos últimos 40 años, además de la transición política de la dictadura hacia la democracia en el estado español y en otros estados, hemos observado la introducción acelerada de las nuevas tecnologías que producen y producirán grandes cambios en el campo de la comunicación y que aceleran el proceso mundial de globalización económica, política y cultural. La humanidad sigue dividida entre unas minorías muy poderosas económica, política y culturalmente, y una gran mayoría de la población que está dominada por estas élites y forma parte de las clases dominadas. El sistema capitalista se ha hecho amo del mundo en todas partes. Estamos en una sociedad cada vez más plural, multicultural y laica. En ella el individualismo, el consumismo y el mismo afán de libertad personal crece.

La globalización se construye a favor de los más poderosos. La misma crisis financiera a la que nos han llevado la gran banca y las multinacionales, parece que se convierte en una nueva fase de capitalización del gran capital internacional.

Esta crisis está inscrita en las crisis alimentaria, energética y ecológica. Las mismas redes sociales y los medios de comunicación están dominados por los grandes negocios mundiales. Todo ello pone en cuestión la política, la democracia, el sistema cultural de valores, el papel de las religiones y de las éticas humanistas.

A menudo parece que estamos en un “callejón sin salida” que produce enfermedades físicas, psíquicas y espirituales, muchos miedos, incertidumbres, quejas e impotencias. Así sentimos atacada nuestra dignidad de personas ciudadanas, trabajadoras, hermanas e hijas de Dios.

Los medios de comunicación dominantes, con las grandes empresas que tienen tras de sí, ejercen su influencia para aumentar el individualismo y el consumismo materialista y nos ponen dificultades para la acción colectiva, crítica y transformadora, impulsándonos generalmente hacia la pasividad.

También observamos que la dirección de nuestra Iglesia, salvo honradas excepciones, no está dando las respuestas adecuadas a este ataque a nuestra dignidad. Algunas autoridades eclesíásticas se dejan llevar por otras temáticas secundarias que despistan, sobre todo referentes a la moralidad sexual, están silenciadas, o, lo que es aún más lamentable, son cómplices de los poderes económicos y políticos del mundo.

Por otro lado, los cambios nos acercan unos a otros más que nunca. Esto nos muestra que todos estamos atados, que formamos parte de una misma comunidad. Han aparecido nuevos movimientos sociales que se han desarrollado aún más gracias a las redes sociales. Y aunque de forma fragmentaria, intentan responder a los nuevos cambios. Algunos de ellos, ya hace tiempo que se han ido constituyendo y ahora están dando respuestas válidas a la actual situación. Son el ecologismo, el feminismo, el pacifismo, los movimientos por otra globalización, los indigenistas, los nacionalismos populares, los movimientos de vecinos, los juveniles, de mayores, las ONGs, el 15-M,... Estos movimientos intentan con inteligencia, con toda la calidad que saben y con solidaridad, aprovechar las oportunidades que la crisis actual ofrece para ir avanzando hacia otro sistema-marco en el campo económico, político y cultural.

Como cristianos y cristianas nos sentimos hermanados con esos movimientos que abren paso al Reino de Dios.

Es lógico, humano y coherente que si se ataca la dignidad haya indignación. Ésta no debe quedarse en el lamento, la queja y la pura crítica, sino que nos debe estimular a la acción, en la cual se necesita incorporar toda la experiencia histórica de la clase obrera y de las capas populares, y el análisis abierto de la realidad actual, para responder a los ataques a la dignidad humana.

El horizonte último de la acción por el cambio es acabar con todas las formas de dependencia, de sumisión y de injusticia. En el estado español, y en otros estados europeos, la lucha por la liberación social de las capas populares se superpone con la lucha por la liberación nacional, por la soberanía y el derecho a la autodeterminación, derecho también que se relaciona con la dignidad y la libertad de los pueblos.

Entre los poderosos hay quien quiere demostrar, con argumentos de amenaza para la comunidad, la necesidad de dirigir estos grandes cambios. Ven el surgimiento de estos movimientos como una amenaza al sistema, un sistema que de hecho está mostrando con sus grietas que es injusto y que no está ni al servicio de las personas ni mucho menos de los más necesitados del mundo.

Para nosotros, precisamente estos movimientos, nos remueven la esperanza y plantean la unidad entre la lucha por la justicia con el cuidado y la atención a los demás, la ternura y la gratuidad que sobre todo aportan las mujeres. Vamos entendiendo que para avanzar hacia la consecución de una nueva sociedad, todos estos movimientos deben confluír en propuestas alternativas comunes.

Nos cuesta encontrar alternativas tanto teóricas como reales, para ir construyendo ese mundo nuevo. Las grandes utopías sociales parecen haberse desvanecido o que no responden a la situación actual. Y nos preguntamos: ¿a dónde vamos?, ¿a dónde tenemos que ir?, ¿qué herramientas tenemos para avanzar en la dignidad y la fraternidad universal?... Continuamos usando las formas de lucha tradicionales pero observamos que no tienen el mismo efecto que antes. Necesitamos nuevas herramientas.

Numerosos cristianos y cristianas están implicados y participan en muchos de los movimientos sociales, también grupos, comunidades, parroquias y movimientos cristianos colaboran y participan en las diferentes iniciativas que les ofrecen. La experiencia larga de las diferentes religiones (entre ellas el cristianismo) y las diferentes filosofías y éticas humanistas, con su patrimonio, pueden aportar y aportan el impulso, el estímulo, y el sentido espiritual que necesita toda acción transformadora. Nuestra fe en Jesucristo es un indicativo fundamental para escuchar el sufrimiento, la experiencia, la opinión y la voz de los más pobres para convertirse en los mismos guías de la acción. La fe en Jesucristo vivo y resucitado da sentido a nuestro estilo personal y colectivo de vivir y a nuestra acción

y es un acicate y una esperanza que nos abre horizontes nuevos y que también nos permiten elaborar nuevas utopías). La fe nos ayuda a ser críticos ante los sistemas-marco injustos e inhumanos en los que estamos. La confianza en nosotros mismos, en la humanidad y en un Dios Amor que es Padre y Madre y nos trata como a hijos e hijas, nos recuerda nuestra dignidad y nuestra característica básica de hermanos y de hermanas. Se nos pide también un cambio personal para purificar las propias miradas y actitudes, para crecer como personas, dejándonos interpelar a fondo por el evangelio. Por lo tanto no podemos aprobar unos sistemas económicos, políticos, culturales, religiosos y eclesiales injustos y opresivos. Al contrario, debemos seguir participando en las acciones transformadoras que, impulsadas por cristianos o no, ya están construyendo el Reino. La fe está viva comunitariamente y es en el intercambio de experiencias creyendo que vamos madurando y nos hacemos seguidores de Jesucristo, gracias a los demás. Por eso queremos y deseamos unas comunidades cristianas acogedoras, humanas y humanizadoras que sean para nosotros jardines de esperanza, de paz y de libertad. Así también lo queremos para toda la Iglesia y por eso nos sentimos corresponsables de la transformación evangélica de toda la Iglesia. En la ACO, se nos pide, un discernimiento, una mirada a la realidad desde la luz del evangelio de Jesucristo, para situarnos en una nueva realidad social y descubrir las potencialidades y las oportunidades de los cambios para empujarlos a favor de la liberación de todo el pueblo. Todo nos servirá para hacer nuestra humilde aportación al movimiento obrero, los movimientos populares y sociales, a nuestro país y a nuestra Iglesia.

La dignidad de la persona

[Nota previa: Esta prioridad se puede enfocar o contemplar desde puntos de vista diversos (derecho, psicología, ética, espiritualidad, política...). Lo que se expone a continuación solo pretende ayudarnos a entrar en materia. Somos conscientes de que las referencias históricas son unas pinceladas muy parciales, pero que sin embargo nos ayudan a presentar lo que queremos decir].

A. Introducción

1. La dignidad es la característica inherente de las personas, que conlleva que por el hecho de serlo deben ser tratadas con respeto y con reconocimiento de su valor como ser humano único, bueno y reconociendo que cada persona es diferente. La conciencia de la propia dignidad hace posible el desarrollo afectivo, ético e intelectual de las personas.

2. Es constante en la historia de la humanidad la negación de la dignidad humana a determinadas personas o colectivos para justificar los atentados contra estos (los esclavos eran considerados objetos, no per-

sonas; razas o etnias, consideradas inferiores; las mujeres –una mayoría en minoría–, consideradas a menudo todavía ciudadanas de segunda).

El cristianismo promueve una manera de ser y de hacer que se concretará en el humanismo del siglo XV. La ética humanista sueña con poder construir un mundo donde los individuos puedan realizarse como personas y, por lo tanto, puedan vivir los valores de la dignidad, libertad, igualdad y justicia.

Con la Revolución Francesa las clases emergentes quisieron llevar

a la práctica lo que durante tantos siglos se había estado incubando en la estructura del pensamiento, pero en el siglo XIX, con la revolución industrial, fracasa el pensamiento humanista. En ese mismo siglo la lucha resurge de las manos de las ideologías denominadas de izquierdas. Marxismo, anarquismo,

comunismo, socialismo..., dotan de los instrumentos necesarios a las masas empobrecidas, expoliadas y explotadas por la revolución industrial, para levantarse y volver a intentar vivir de acuerdo con las ideas humanistas que estructuraban su conciencia.

B. Contexto actual

3. Durante los siglos XX y XXI se vuelve a hacer visible el fracaso. Los motores del actual sistema económico dominante (el neocapitalismo-neoliberalismo) son la competitividad y el lucro y se imponen a los valores del humanismo (en el que la dignidad de las personas es indisoluble de la libertad y la igualdad y, por lo tanto, de la justicia para todos). Los intereses de la globalización económica se imponen a los intereses de la globalización de la dignidad, presupuesto indispensable para la consecución de una humanidad madura y equilibrada que vive en paz de verdad.

4. Actualmente la desconfianza en

la propia naturaleza humana y en las instituciones que nos representan es inmensa en muchos sectores de la sociedad y muchas personas solo se mueven por la supervivencia individual. Quien no es competitivo, quien no ha podido lucrarse, se siente fracasado y desconfía de todo, incluso de las instituciones que se habían creado para preservar su dignidad (sindicatos, partidos políticos..., que a veces luchan más por su supervivencia individual y como institución). Quien no cuenta pierde poco a poco la confianza, la autoestima, se vuelve pasivo, conformista y siente que ha perdido la dignidad que le es inherente.

C. Reencuentro de la dignidad

5. El sistema económico imperante pretende ser lo más racional y humano para hacer funcionar y progresar la sociedad, y justifica la explotación de los trabajadores,

los despidos, los desahucios, las inyecciones de capital por parte del Estado para salvar la Banca, las insolidaridades, los recortes sanitarios, en educación y en ser-

vicios sociales, las desatenciones a los inmigrantes, a los sin techo... y, por tanto, justifica la negación de la dignidad de los más pobres por parte de los más ricos. En contra de esto debemos dar pasos hacia un sistema o sistemas en los que la dignidad de las personas ocupe un lugar central.

6. Otra víctima consecuencia del sistema es la afectación del planeta, por degradación creciente difícilmente reversible, con un uso abusivo de los recursos que no tiene en cuenta sus límites.

7. Encontrar el lugar de reconocimiento de la dignidad significa cambiar las situaciones indignas. Entre los que creen en los valores

del humanismo surgen nuevos movimientos sociales (Foro Social Mundial o el movimiento 15 M por ejemplo), impulsados en buena parte desde las redes sociales, movimientos que nos recuerdan la inviolabilidad de la dignidad humana y la necesidad de la preservación del planeta.

8. Hoy las tecnologías de la comunicación, más avanzadas y extendidas que nunca, y los avances de la ciencia y la técnica, con los conocimientos que han comportado, es necesario que los pongamos al servicio de invertir los desequilibrios que impiden a gran parte de la humanidad vivir de acuerdo con su dignidad.

D. La dignidad de la persona a la luz de la fe cristiana

9. Como cristianos, estamos llamados a vivir con gozo de acuerdo con la dignidad que nos confiere haber sido creados a imagen de Dios, con la dignidad de hijos de Dios, hijos de un mismo Padre/Madre y, por lo tanto, todos hermanos, con los mismos derechos. Esta convicción contribuirá a acabar con las formas de dependencia, sumisión e injusticia.

10. Con Jesús, Dios se hace hombre para abrazar la humanidad y demostrarle su infinito amor. Jesús enaltece a todos aquellos a quienes

en su tiempo se les negaba la dignidad de persona, los excluidos y fracasados. Les devolvía su dignidad como hijos de Dios. Cuando se levantaban y así lo reconocían, Él les decía: "tu fe te ha salvado". Y a los que les habían condenado a la miseria les recordaba que todos estamos hechos a imagen de Dios y somos amados por Él sin límites ni condiciones.

11. Debemos trabajar con y por una Iglesia que, a imagen de la acción transformadora de Jesús, luche por la dignidad de las personas, que se

oponga a cualquier tipo de discriminación, de opresión, empezando el trabajo dentro de la misma Iglesia. Es necesario que construyamos comunidades cristianas que, siendo acogedoras, humanas y humanizadoras, reconocedoras de la dignidad fundamental y al igual de sus miembros, den a conocer a Jesús.

No estamos solos los cristianos en este camino: diferentes religiones, éticas humanistas, ecologistas, feministas, militantes sindicales, políticos y vecinales, el movimiento obrero con toda su historia..., aportan herramientas, impulso, estímulo y sentido, necesarios para

toda acción transformadora. Contamos, y no podemos dejar de lado, con toda la experiencia del movimiento obrero y de la clase obrera, acostumbrados a una lucha, llena de sacrificios, que pone la dignidad de los trabajadores y trabajadoras al frente de sus objetivos. Es decir, para nosotros la dignidad es también una meta, una utopía que empuja a la acción. Necesitamos, pues, apoyar, acompañar y mantener con espíritu crítico a los sindicatos de clase obrera, como instrumentos que defienden esta dignidad que, al mismo tiempo, es contenido exigible del presente y del futuro de la política, del derecho, de la economía, de la cultura, de la ciencia ...

E. Como militantes de ACO, nos planteamos:

13. ¿Qué es para nosotros la dignidad de la persona? ¿Y cómo trabajadores/as?

14. ¿Cuál es la llamada del Evangelio en estos tiempos convulsos?

15. ¿Qué proceso debemos hacer para reconocer la dignidad que nos hace libres, y desde esta libertad animar a todos a hacer lo mismo? ¿Qué factores, especialmente qué miedos y qué prejuicios dificultan este proceso?

16. ¿Cuál debe ser nuestra respuesta como militantes obreros cristianos?

17. ¿Cuál debe ser nuestro papel desde la experiencia histórica de la clase obrera hacia estos nuevos movimientos críticos con el sistema actual?

18. ACO, en toda su estructura, tanto desde los grupos, como desde las zonas, diócesis y como movimiento, ¿qué respuesta da para defender la dignidad de la persona en todos los ámbitos donde estamos presentes? ¿Con qué medios lo hace (denuncia, negociación, resistencia, desobediencia...)?

La fe en Jesucristo, un motor para vivir y compartir

A. Introducción

1. La fe, que es un don de Dios, es la capacidad de trascendencia y confianza de cualquier ser humano. Así, se puede tener fe en Alá, Buda, Yahvé... o solo en el hombre y la mujer como expresan algunas personas. La fe que profesamos en ACO es la fe cristiana en el Dios de Jesús: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Crisis de fe

2. La crisis actual es económica, de valores y también de fe. Dios ha sido “deslocalizado” y la cultura dominante, en sus múltiples expresiones ideológicas (sociedad de consumo, cultura del yo, neolibe-

ralismo, agnosticismo,...) han volatilizado la necesidad de Dios. Dios es, ahora más que nunca, un asunto privado. Nosotros, militantes de ACO inmersos en esta cultura, podemos tener la tentación de vivir nuestra espiritualidad con baja intensidad o sesgada por alguna de estas ideologías. Por ello queremos reforzar y fundamentar nuestra fe en Jesucristo, para poder vivirla y ser testigos en general y en el mundo obrero en particular.

Diversidad de vivencia

3. En ACO hay una pluralidad de vivencia creyente en lo que respecta

a la celebración de la fe, a la vivencia de comunidad y al sentimiento de pertenencia eclesial. Este abanico de formas nos puede unir en la diversidad o puede crear tensiones. Lo fundamental es, desde la diversidad, ser capaces de ser evangelizadores uniendo la doble dimensión de la fe en Jesucristo: vocación y misión.

Formación y vida espiritual

4. Se constata la necesidad de tener una buena y crítica formación religiosa (bíblica, teológica, de la doctrina social de la Iglesia,...), social, humana, y una saludable y auténtica vida espiritual centrada en Cristo Resucitado, fundamento de nuestra fe. La formación y la espiritualidad son el fundamento que nos debe permitir que estando en el mundo y bajo sus influencias, no nos dejemos engullir, anestesiar o diluir por otras corrientes de pensamiento que nada tienen que ver con nuestra fe en Cristo resucitado (sincretismos en general, tendencias pseudo-espirituales,... por ejemplo New Age), y al mismo tiempo nos deben facilitar entrar en un diálogo abierto y responsable con otras creencias y religiones.

Motor de conversión, motor de cambio

5. Para finalizar, podemos decir que

es constatable que se da un cambio personal y comunitario gracias a la relación con Jesucristo y su mensaje liberador, que toca de raíz la vida de muchos militantes. Un cambio profundo de actitud (conversión) que a lo largo de las revisiones de vida, los estudios de evangelio, las eucaristías,... nos han ayudado a conocer más a Jesucristo y a nosotros mismos. El contacto con Él y con sus testigos (compañeros de grupo, militantes de otras zonas de ACO, personas de comunidades parroquiales, militantes de otros movimientos eclesiales o sociales,...) ha sido imprescindible para este cambio de actitud. El vínculo entre la fe en Jesucristo y la vida ha ofrecido muchas oportunidades de crecimiento espiritual a no pocos militantes cristianos. Por lo tanto, es conveniente insistir en el trabajo de discernimiento para seguir viviendo nuestra vida poniendo a Cristo en el centro, y teniendo siempre en cuenta que se debe vivir la fe en Cristo, formando la Iglesia de Jesucristo, donde estamos y nos sentimos llamados a ser sus discípulos y apóstoles.

Cuando te apartas de fuego, el fuego sigue calentando, pero tú te enfrías. Cuando te apartas de la luz, la luz sigue brillando, pero tú te cubres de sombras. Lo mismo ocurre cuando te apartas de Dios. (San Agustín)

C. La fe en Jesucristo

6. Así, la fe en Jesucristo es el distintivo vital de nuestra militancia que debe tocar las cosas pequeñas y cotidianas de nuestra vida concreta sin quedar anclada en la abstracción de las ideas y las buenas intenciones. La fe, que es una experiencia libre y personal de encuentro con Jesús, se concreta en la actitud militante que engloba todos nuestros pensamientos, sentimientos y actuaciones en la vida de cada día. La fe firme, fiel, contemplativa, alimentada, celebrada, comprometida, profética, personal y comunitaria nos lleva a descubrir a Jesús pobre entre los pobres de nuestros ambientes obreros. Nuestra fe a menudo se tambalea y se ve sometida a dudas e incertidumbres que nos hacen caer y volver a levantarnos para continuar caminando. La fe debe ser el verdadero motor, puesto en marcha por la fuerza del Espíritu de Jesucristo, para vivir y compartir, desde la compasión y la solidaridad con los demás, las penas y las alegrías de las personas que vivimos las consecuencias de la realidad herida por la crisis actual.

B. Nuestra militancia cristiana

8. En un contexto de crisis del sistema, en un mundo globalizado lleno de cambios, hacen falta respuestas y acciones desde nuestra militancia cristiana personal y co-

Pero un samaritano que iba de viaje llegó cerca de él, lo vio y se compadeció. Y, acercándose, vendó sus heridas echando en ellas aceite y vino; después lo montó en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y cuidó de él. (Lc 10, 33-34)

7. La fe en Jesucristo nos debería situar con los más desfavorecidos de la sociedad en el horizonte de la esperanza. La fe nos ayuda a hacer una lectura creyente de la realidad de cada trabajador y trabajadora que debe ser protagonista y sujeto de su propia vida. Nuestra militancia cristiana debe estar fundamentada en la confianza que Jesús Muerto-Resucitado muere y resucita en las víctimas de las injusticias de este mundo en el mundo obrero. En el fondo es fiarse de que la última palabra la tiene Jesucristo por muchas palabras que digan los poderosos de la tierra.

Os he dicho esto para que en mí encontréis la paz. En el mundo tendréis sufrimientos, pero confiad: yo he vencido al mundo. (Jn 16, 33)

munitaria. Una militancia centrada en Jesucristo que nos hermana y nos empuja a entrar en diálogo con todas las personas, movimientos, asociaciones, ONG, comunidades,

partidos políticos, sindicatos,... que trabajan por un mundo más justo, humano, digno, igualitario... Un mundo transformado por el reinado de Dios enamorado de la humanidad.

El Reino de Dios no consiste en esta comida o en aquella bebida, sino en la justicia, la paz y el gozo del Espíritu Santo. (Rm 14, 17)

9. Nuestra militancia cristiana hay que vivirla, alimentarla y celebrarla en la comunidad de ACO, con nuestras comunidades cristianas más cercanas, en comunión con toda la Iglesia de Jesucristo (donde comunión no significa estar de

acuerdo en todo, sino que nos encontramos unidos por la fe en Cristo Muerto y Resucitado). Por tanto, nuestra militancia debe fundamentarse en el encuentro con Jesucristo que nos envía al mundo obrero actual mediante ACO en particular y la Iglesia en general, para poner en marcha el proyecto del Reino del Padre. Así, podemos decir que somos militantes cristianos en ACO, y no quedarnos solo con la idea de que somos militantes de ACO.

Todo lo que haga, sea de palabra o de obra, hacedlo en nombre de Jesús, el Señor, dando gracias por él a Dios Padre. (Col 3, 17)

D. La espiritualidad militante, un motor para vivir y compartir.

10. Por lo tanto, debemos recuperar la espiritualidad de Jesús en la militancia en nuestra realidad, ante la tentación de quedarnos en una militancia solo marcada por los valores éticos. La fe no es una escala de valores que se deben lograr para ser buenas personas sino que es una experiencia personal y comunitaria con Jesucristo que transforma nuestra vida y la manera de ver las cosas. Las bienaventuranzas de Jesús son la expresión de su amor para todos y de su ofrecimiento de transformación. Cuanto más cono-

ceamos al Hijo de Dios y nos relacionamos con Él, la experiencia de Amor, de felicidad y de humanidad es mayor. La fe en Cristo transforma nuestra mirada y nos hace mirar a los hombres y las mujeres del mundo obrero, especialmente los más desfavorecidos, como otros Cristo.

Os aseguro que cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis. (Mt 25, 40).

11. De esta manera los y las mili-

tantes cristianos en ACO estamos llamados a plantearnos constantemente si nuestra espiritualidad militante está arraigada en la relación con Jesús muerto y resucitado o solo en el recuerdo de un hombre extraordinario de la Palestina del siglo I que hizo muchas cosas a favor de los débiles y los más pobres de su sociedad. Porque nuestra espiritualidad militante en ACO viene marcada por el Espíritu de Jesús que nos guía y mueve al mundo

obrero para ser sus testigos, profetas y seguidores. Cabe preguntarnos si nuestras revisiones de vida, eucaristías y celebraciones diversas, cuadernos de vida, encuentros de formación, oración, retiros, estudios de evangelio, acciones concretas... son realmente un encuentro con Cristo que camina con nosotros como nos prometió.

Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo (Mt 28, 20b).

E. Vocación y misión

12. Finalmente, podemos decir que la fe en Jesucristo es vocación (llamada y envío) y misión a la vez. Como militantes cristianos en movimiento de Acción Católica nos sentimos llamados por Jesús a realizar su misión, animados y orientados por el Espíritu, y en comunión con toda la Iglesia de Jesucristo, que nos envía a llevar la Buena Noticia a la gente del mundo obrero, especialmente a los más desfavorecidos, explotados, oprimidos, excluidos y sin voz. Una vocación y una misión que siempre han estado presentes a lo largo de la historia y de las diferentes generaciones de ACO que, presentes como levadura y fermento en el mundo obrero, han llevado y nosotros ahora tenemos que seguir

llevando la voz de los más pobres y del mundo obrero a la comunidad cristiana, para así reencontrarnos como hermanos y hermanas en la familia de hijos e hijas de Dios.

13. Asimismo nos sentimos llamados a denunciar todas las actitudes que desde la propia comunidad cristiana se alejan de este camino de liberación y del compromiso para la construcción de una sociedad guiada por la igualdad, la justicia y la defensa de los derechos de las personas.

Así, pues, también nosotros, rodeados de una nube tan grande de testigos, quítese todo impedimento, y el pecado que nos sujeta, y lancémonos a correr sin desfallecer en la prueba que se nos propone. (He 12, 1)

F. Como militantes de ACO nos proponemos seguir trabajando:

14. Habría que hacer un proceso de despertar y renovación personal y en colectivo de los fundamentos de nuestra fe en Jesucristo Muerto y Resucitado, que nos llama desde los empobrecidos y el mundo obrero y nos envía como levadura en la masa. Este proceso de formación debemos hacerlo en los cuatro grandes ámbitos del movimiento: personal, de grupo de revisión de vida, de zona y de movimiento.

15. Partiendo de la centralidad de la revisión de vida, el movimiento nos ofrece diversos medios, el estudio de evangelio, los retiros, la formación, el Boletín, los cuadernos de formación,... y quizás podríamos centrarnos en algunos aspectos:

A nivel personal:

1. ¿Quién es para mí ese Jesús de Nazaret, de quien “ya sabéis cómo Dios lo ungió con el Espíritu Santo y con poder, y cómo pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él” (Hch 10,38), y que en la sinagoga de Nazaret proclamó “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungiendo, me ha enviado a

llevar la buena nueva a los pobres, para anunciar a los cautivos la libertad y a los ciegos la luz, a poner en libertad a los oprimidos, a proclamar el año de gracia del Señor” (Lc 4,18-19).

2. ¿Cuáles son las bases de ACO como movimiento de Iglesia? ¿Cómo transforman mi vida de militante?
3. ¿Qué conocimiento tengo yo de la Biblia, sobre todo del Nuevo Testamento?

A nivel de grupo de revisión de vida:

1. Hacer mejor la revisión de vida, desde el ver, potenciando que el juzgar sea el núcleo de la revisión de vida, que nos llama a concretar nuestra acción militante y transforma nuestro ser militante cristiano.

A nivel de movimiento, podemos facilitar a los grupos y zonas:

1. Un cuadernillo con hechos de vida, testimonios, pequeños escritos, fotos de algunos de nuestros “testigos de la fe” en la ACO (antiguos militantes difuntos) para la oración per-

- sonal, la revisión de vida, las celebraciones.
2. Una formación que nos ayude a crecer e integrar la fe en la vida. Algunos temas claves pueden ser:
- El conocimiento bíblico, en especial de los profetas y del Nuevo Testamento.
 - Conceptos como la Buena Nueva, los pobres, el vínculo entre obreros y empobrecidos, comunión, vocación, llamada y misión
 - Los documentos del Concilio Vaticano II y de la Doctrina Social de la Iglesia
 - La Celebración de la Eucaristía y los demás sacramentos.
 - La espiritualidad militante, a partir de compartir la espiritualidad que se vive en el movimiento.
- En toda esta formación debemos velar para que no sea puramente teórica, sino que continúe en la revisión de vida de forma que transforme a la persona y a su praxis militante.

Pasamos de la indignación a la acción liberadora

A. Introducción : El impacto de la crisis

1. Llevamos unos años viviendo en una situación de crisis económica fruto del capitalismo que se ha ido agravando a lo largo de este periodo. En 2007 se manifestaron en Estados Unidos los problemas derivados de las hipotecas basura y en 2008 afloraron las estafas financieras, con la consiguiente cadena de quiebras y de caída de la bolsa. Así pues, la raíz de esta crisis económica se encuentra en la actividad especulativa del sector financiero desregularizado, en alianza con los sectores más poderosos de nuestra sociedad que defienden unas políticas neoliberales contrarias al bien común y al plan del Dios. Esta crisis ha incrementado el desempleo a niveles nunca vividos, al tiempo que desmantela lo que conocemos como el estado del bienestar.

2. Las «recetas» propuestas por las élites financieras y ejecutadas por los gobiernos para salir de esta situación han llevado a una reducción drástica del gasto que ha afectado a las inversiones en sectores sensibles como la obra pública, los servicios sociales, la enseñanza y la sanidad. Además, ha supuesto una disminución de los contratos de la Administración, y la reducción de los sueldos, la pérdida del poder adquisitivo y en general, de los derechos adquiridos con la lucha obrera. Esta crisis es enormemente asimétrica ya que perjudica a los sectores más débiles de la población (clases trabajadoras y pasivas) y al tejido productivo (pequeñas y medianas empresas). Por otra parte, esta situación ha hecho aflorar una crisis global (de valores, de la economía, la democracia,...),

latente en nuestra sociedad desde hace años, que se manifiesta en el individualismo, el consumismo, el relativismo, el culto a la tecnología, la inmediatez... en definitiva, nos encontramos inmersos en una crisis global que afecta a muchos aspectos de nuestra vida y de la sociedad.

3. Tanto a nivel personal como social, la incertidumbre derivada de esta situación ha creado un ambiente de miedo y desconfianza, potenciado también por algunos medios de comunicación, que puede abocar a la angustia, a la pasivi-

B. La llamada a la acción

4. En este marco, una vez hemos tomado conciencia de la situación y analizadas sus causas y consecuencias, no podemos quedarnos en la lamentación y la queja. Nuestro ser militante nos llama a la acción, pero no es fácil encontrar los caminos. Como fundamento tenemos los valores forjados en el Evangelio y encarnados en nuestra historia en el mundo obrero. Necesitaremos ser creativos, atrevidos y al mismo tiempo realistas para aplicar estos criterios en acciones transformadoras de la realidad que vivimos.

5. Como personas que queremos

dad, a la depresión y a la deshumanización. La primera reacción de los sectores más concienciados de la sociedad ha sido de indignación hacia todo lo que suponga mantener el actual sistema económico y de valores que están en la raíz de la situación que vivimos. Pero, a fin de que la indignación no termine en resignación y parálisis, en el trabajo de esta prioridad queremos revisar cuál debe ser nuestro papel y nuestra acción en este proceso, tanto a nivel individual, de los diferentes grupos y zonas, así como de todo el movimiento.

seguir a Cristo somos depositarias de un mensaje de esperanza y de alegría que es fruto de la buena nueva que Jesús nos transmite: su espíritu está vivo en nosotros y nos da fuerzas para llevar a cabo la acción transformadora a la que se nos invita.

6. En la acción concreta podemos dar a conocer estos valores y el mensaje evangélico que nos anima. Jesús nos hace una propuesta para aproximarnos al otro/a, con una mirada preferente para las personas más desvalidas, desde una voluntad liberadora.

C. Concretemos esta acción

7. La primera acción a realizar se concreta en las personas que estamos viviendo la crisis en carne propia, especialmente aquellas que no encuentran o que han perdido su puesto de trabajo, no debemos caer en la tentación de culpabilizarnos por estar en esta situación de paro que no hemos provocado nosotros. Debemos confiar en nuestras capacidades y nuestra valía como trabajadores. Solo desde la autoestima y la confianza en nosotros mismos podemos realizar acciones individuales o colectivas que permitan transformar la situación actual.

8. En este marco, ya vivimos y conocemos muchas experiencias creativas y humanizadoras, y por lo tanto evangélicas, como son los espacios de encuentro y diálogo, las ayudas mutuas, las cajas o bancos de resistencia, los bancos de tiempo y de intercambio; nuevas entidades y fundaciones solidarias, educativas, promocionales, el trabajo cooperativo y auto-ocupacional; iniciativas de formación y aprendizaje; entidades de crédito popular con criterios solidarios; redes, grupos de debate,

asambleas locales, movimientos como el 15M, y un largo etcétera de acciones que dan respuesta a la realidad imperante hoy en día.

9. Sin embargo, como militantes obreros y cristianos somos conscientes de la necesidad de optar por una acción colectiva y transformadora y de la importancia de nuestra implicación en la realidad social, política y sindical. Este hecho nos empuja a participar en la construcción del Reino de Dios en la temporalidad que vivimos, con el estilo que nos caracteriza como seguidores de Jesús.

10. También sabemos que tenemos que vivir al estilo de Jesús, en las pequeñas acciones cotidianas, en las relaciones del tú a tú, que son tan transformadoras como las acciones colectivas. Estas anuncian personalmente un futuro más digno y solidario, así como la posibilidad de llegar a dar pequeñas respuestas a la crisis que vivimos, con nuestro estilo como hijos e hijas de Dios, lo que es del todo compatible con nuestra implicación colectiva.

D. Como militantes de ACO nos preguntamos:

11. Ante todo esto, en esta prioridad queremos trabajar y pregun-

tarnos: ¿cómo nos afecta personalmente esta situación en los ámbitos

laboral, familiar, cultural y de fe? ¿Somos solo víctimas o también hemos contribuido a ella? ¿Creemos que esta crisis es solo una crisis económica o más bien se trata de una crisis global, de sistema, de valores, o incluso de fe?

12. ¿Cómo nos sentimos? ¿Con miedo, con desconfianza en el futuro, atrapados/as? ¿O bien hemos podido reflexionar y orar sobre el tema y hemos encontrado motivos para, a pesar de todo, mantener la esperanza y ofrecerla a las personas que nos rodean?

13. ¿En medio de esta situación creemos realmente que Dios actúa en nosotros y por nosotros? ¿Somos sus manos en la construcción del Reino? ¿Vivimos y transmitimos este mensaje con esperanza?

14. ¿Cómo orientamos nuestra acción y compromiso en combatir las causas de esta crisis sin quedarnos solo en medidas paliativas de sus consecuencias?

15. Como militantes, ¿cómo nos implicamos a nivel personal o colectivo? ¿Colaboramos con las iniciativas ya existentes? ¿Creamos o hemos creado otras nuevas, después de debatirlas y confrontarlas con los demás? ¿Cómo transmitimos a Jesús y lo compartimos con los compañeros del mundo obrero y con las personas más empobrecidas de este mundo?

16. ¿Cómo movimiento, estamos llamados a aportar algo más específico en nuestra sociedad? ¿Creemos que podríamos aportar algo más a lo que ya existe? ¿Deberíamos colaborar con otros movimientos de Acción Católica? ¿Tenemos la necesidad de estar presentes en la sociedad como movimiento?

17. ¿Y como iglesia que somos, tenemos esta necesidad? En definitiva, ¿qué podemos aprender en esta situación de crisis para construir un futuro que nos lleve a una Iglesia y una sociedad más justa, más libre, más Reino de Dios?

